



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

RAISSA MARITAIN

Adolescencia
(Prosigue)

Yo tenía para Rembrandt una admiración apasionada. Pero el cuadro llamado "La Carnicería" en que el pintor representa con mucho realismo a un buey desollado, me desconcertó. Dije que no me agradaba en absoluto, y me aferré a mi opinión, fundándome ciertamente en un sentimiento profundo. Lo que el tema tenía de vulgar, no era su humildad sino su brutalidad. Eso, que en la realidad yo no habría podido mirar, me parecía indigno de tan gran pintor.

Jacques, por su parte, cuya sensibilidad estética estaba más decantada que la mía de las componentes morales o simplemente naturales, pretendía poner esta "carnicería" en el mismo rango del conmovedor "Filósofo" de barba oblicua, o de la fastuosa "Novia Judía", o de los patéticos auto-retratos del pintor.

Esta diversidad de opinión era intolerable, pero para reconciliarnos no había otro medio que el de llegar a entendernos, y tratar de resolver el problema en sí mismo. Fué así como empezaron nuestras reflexiones sobre el arte.

Esta cuestión de la importancia del tema en la Pintura sólo ha sido verdaderamente resuelta por el ejemplo de los grandes pintores del siglo XX. La mayor parte de ellos han descuidado los temas importantes en sí mismos, por su significado, o por su belleza natural, pero se han entregado de lleno a la cualidad más sutil de la

materia pictórica, ligada no sólo a una técnica muy refinada, sino también a la presencia del alma de todas las artes, a la poesía, operadora invisible y soberana, que se encuentra esencialmente no en un "tema" exterior al pintor, sino en la emoción generadora de la obra entera, materia y forma indistintamente. Esta emoción puede ser provocada por una realidad inmensa o ínfima, y la belleza de la obra de arte no se confunde jamás con la del tema tratado.

Hecha esta distinción puede comprenderse mejor la libertad que tiene el artista para con lo dado por la naturaleza. Un Corot, por ejemplo, nos presenta maravillosamente bien la belleza difícil de igualar de los paisajes que también podríamos contemplar en la naturaleza con inmensa alegría. Pero un Utrillo da una belleza emocionante a las cosas más banales de los barrios más desagradables de París. Un Henri Rosseau parece pintar ingenuamente y con escrupulosa fidelidad todas las hojas de las vegetaciones tropicales. Pero esos trópicos él no los ha visto nunca. Y sus cuadros "ingenuos" llegan al más elevado estilo pictórico.

Pero en aquel tiempo, cuando la "Carnicería" de Rembrandt me escandalizaba, conocía muy poco a los pintores modernos. Continué mis visitas al Museo del Louvre. Encontraba difícil el conocimiento de los clásicos franceses. Pero me gustaba Watteau. El siglo XIX me fué más accesible, sobre todo Corot, y luego Manét. Algunos paisajes de Monet me hacían llorar. De Puvion de Chavannes, cuyos frescos decoran el Pantheon, me gustaba sobre todo la "Santa Genoveva velando por Lutecia dormida".

¿Vela todavía por su ciudad? ¿O se ha dormido también en el sueño de los Bienaventurados insensibles a la belleza de este mundo que pasa?

Sólo algunos años más tarde conocí verdaderamente, gracias a nuestro amigo Georges Rouault, la pintura moderna, Cézanne y sus grandes sucesores: el mismo Rouault desde luego. Y después Renoir, Degas, Seurat, Henri Rosseau, Matisse, Van Gogh, Utrillo, Severini, Picasso, Marc Chagall, para sólo nombrar a los más queridos en estos fastos de la pintura. Pero no quiero anticiparme.

— : : : —

Nuestros primeros amigos: Ernest Psichari

Además de su gran cultura, Jacques llegaba hasta mí con otros tesoros. Tenía ya grandes amigos cuyos nombres no olvidarán los franceses. Uno de ellos era un joven de la edad de Jacques, el otro era ocho o diez años mayor que ellos. Ambos murieron por Francia, por su honor y por su libertad, en 1914. Ernest Psichari cayó el 22 de Agosto en Rossignol, Bélgica. Y Charles Péguy fué muerto el 5 de Septiembre en el campo de batalla del Marne, la víspera de nuestra milagrosa victoria, que en apariencia fué inútil.

Un día, pues, Jacques me hizo conocer a Psichari. Habían estudiado juntos en el Liceo Henri IV, donde Jacques le conoció y le presentó a su madre y a su hermana como una gran maravilla. Lazos de amistad unieron entonces a ambas familias. Diré algunas palabras al respecto y así comprenderemos mejor lo que va a seguir.

Por su madre Jacques Maritain es nieto de Jules Favre; Psichari era por parte de su madre nieto de Ernest Renan. Los Renan y los Favre fueron en el curso del siglo XIX de mucha importancia entre las familias intelectuales y políticas de la Francia liberal y republicana.

En las tradiciones familiares de Ernest dominaban los juegos y las glorias del pensamiento, y la acción directriz ejercida sobre los espíritus por la aristocracia universitaria.

En las tradiciones familiares de Jacques dominaban sobre todo el amor idealista al pueblo, el espíritu republicano y los combates políticos por la libertad.

En los Renan como en los Favre toda la historia de los antepasados tenía profundos arraigos en la tradición católica de Francia. Los Favre contaban entre los suyos con el primer sacerdote de la Compañía de Jesús, el Bienaventurado Pedro Favre (o Le Ferre). Y toda la ascendencia de Ernest Re-

nan era católica y bretona. Pero Renan como Jules Favre habíanse puesto de parte del Racionalismo del siglo XIX, que había favorecido a la vez las ilusiones nacidas de un espiritualismo "liberado" de toda dogmática religiosa y el profundo descenso del pensamiento filosófico y teológico allí donde precisamente su nivel debería haber sido más elevado. Por muy grande que haya sido el siglo XIX en ciertos aspectos de la cultura, las deudas que archivó en el orden del espíritu fueron terriblemente graves. Todo se paga inexorablemente y es necesario soportar hasta la última de las consecuencias derivadas de las faltas cometidas en contra de la verdad, aunque Dios ilumine a las almas en el secreto, y las salve una tras otra, según los designios de su misericordia.

La historia de la evolución religiosa de Renan es demasiado conocida. Y todos sabemos la influencia enorme de su obra, en especial de su "Vida de Jesús", que ha alejado de la Fe a tantos espíritus, aunque para otros haya sido la ocasión imprevista de acercarse a ella; porque "todo concurre al bien de aquellos que aman a Dios".

Jules Favre, demócrata militante, desempeñó en los albores de la Tercera República un papel de suma importancia. Durante el reinado de Napoleón III estaba en el Parlamento entre los pocos diputados de oposición. Como prestigioso orador sucedió a Victor Cousin en la Academia Francesa. Abogado de las causas desesperadas y gran patriota, tuvo la dolorosa misión de defender en 1870 los intereses de Francia delante del vencedor. Su elocuencia y persuasión obtuvieron de Bismark que el ejército alemán, al entrar a París después del sitio, no fuera más allá de la plaza de la Concordia y que sólo ocupara la capital por espacio de dos días.

Se casó en segundas nupcias con una protestante convencida, y él mismo adhirió en los últimos años de su vida al protestantismo liberal. Su hija Genoveva, nacida del primer matrimonio, y de una madre profundamente católica, para quien la vida fué muy trágica, siguió su ejemplo por devoción filial, afirmando desde entonces su oposición al catolicismo. Por eso Jacques, a pesar de ser hijo de un padre católico, había sido bautizado por un pastor protestante.

A medida que iba conociendo mejor a la madre de Jacques, admiraba en ella una fidelidad religiosa al ideal ardiente que animaba a la oposición republicana bajo el

Imperio; un indomable espíritu de libertad; una esperanza apasionada en el porvenir espiritual de la humanidad; una gran osadía para desafiar las opiniones del mundo y una firmeza de roca que no han desmentido los años, pero que la juventud renovada del fervor de la edad madura ha iluminado de dulzura. El padre de Jacques parece haber sido de un carácter muy distinto. Había sido secretario de Jules Favre. Era abogado, y había sido jefe del cuerpo de abogados de Mácon; le gustaba la Bourgogne y la vida tranquila, erudita y sabrosa que allí se llevaba, y se admiraba de que su hijo fuera filósofo. Era admirador de Lamartine y de los estudios Lamartinianos; su casa de campo se encontraba en Bussières, en cuyo cementerio estaba la tumba de Jocelyn. También él reposa ya en aquel cementerio campesino. Murió un poco antes de que nos casáramos.

Ernest Psichari, cuyo padre era de origen griego, había sido bautizado en conformidad a los ritos griegos; concesión que se hacía así a la abuela ortodoxa y muy creyente. Pero la iniciación religiosa de Ernest detúvose allí; y creció en el seno de una familia consagrada por entero al culto de Renan, del escritor glorioso y del hombre bueno que amaba sinceramente a su mujer y a su hija, Noemí, madre de Ernest.

Las perspectivas familiares, cuando se trata de un hombre célebre, son naturalmente muy diferentes a las del mundo exterior, poco instruido sobre circunstancias e intenciones, y que juzga por los actos públicos, si no por las apariencias, y por el pensamiento expreso, con las consecuencias que suele arrastrar lógicamente o en razón de causas accidentales.

Había muchos prejuicios en la familia de Ernest, pero ningún sectarismo. Su madre, mujer de admirable nobleza de alma, había recibido educación protestante. Recordaba la gloria y serenidad del anciano Renan; no le había visto, joven, batirse en medio de las dificultades teológicas y escriturísticas y tomar tal vez a pesar suyo, las decisiones que le sugerían su conciencia turbada y su hermana Enriqueta. No sabía ella que Renan, a pesar de la lucidez de su espíritu y del brillo de su talento, no había tenido ni en Teología ni en la ciencia de la Escritura conocimientos suficientemente profundos, extensos y probados, para dar más que una apariencia espaciosa a las dudas y negociaciones que en él provenían, en realidad, de una filosofía racionalista y soñadora. ¡No podía ella saberlo! Y

séguramente él tampoco lo sospechó siquiera. Esa es sin duda su excusa; por eso había seguridad en la conciencia de los suyos. Esta familia, cuya atmósfera parecía creada por una especie de hegelianismo, era entonces, como muchas otras familias de Francia, víctima de las ilusiones del positivismo y de la indiferencia filosófica que debilitaban la inteligencia de los mejores, y que habían hecho, en los tiempos de la juventud de Renan, tan estéril la enseñanza que se daba en los seminarios. Fué mucho más tarde cuando la exégesis católica se convirtió en esa ciencia profunda y segura que admiramos en los trabajos de un Padre Lagrange, de un Padre de Grandmaison, de un Padre Lebreton, para sólo citar a los más conocidos de entre los exégetas franceses. Una brillante renovación religiosa habíase producido en Francia en tiempos de Lacordaire, de Ozanam, de Montalembert y de Dom Guéranger. En el curso de los siglos XVIII y XIX, sin embargo, la religión católica y la sabiduría mística habían llevado una vida muy fecunda gracias, sobre todo, a la fe humilde de un gran número de Santos y de almas desconocidas; no debe olvidarse que el siglo XIX dió a Francia al santo Cura de Ars, a Santa Bernardita de Lourdes, a Santa Teresa del Niño Jesús. Después, bajo la acción del Papa León XIII, y al fin del último siglo, el catolicismo volvió a encontrar el esplendor de su enseñanza doctrinal.

Lo que Ernest Psichari encontró entonces en su medio familiar era "una búsqueda moral muy extensa y elevada, ajena a toda certeza metafísica, un marcado propósito de ignorar los conflictos creados por las oposiciones de principios intelectuales. No se luchaba allí en contra del Cristianismo, había íntima persuasión de haberle asimilado y sobrepasado". (1) Ernest vivía feliz en la atmósfera de ese mundo elegante y liberal, se apasionaba por las ideas, gustaba de las controversias, estudiaba literatura, escribía poemas simbolistas, y estaba locamente enamorado de la hermana de Jacques. En este amor cuajó todo su destino.

La hermana de Jacques era, cuando la conocí, una joven viva y brillante, de grandes ojos pardos, de largos cabellos castaños que peinaba en un alto moño. Con sus modales de marquesita y con su carita parecida a las Vírgenes del siglo XV francés, era seductora por demás. Ernest era tam-

(1). Jacques Maritain, "Antimoderne".

bién de buena figura, lleno de entusiasmo, de vida y esperanza. Pero no tenía más que dieciocho años y ella veinticinco, y nunca quiso ella tomar en serio el amor de este adolescente. Se casó pronto, y la desesperación que ello causó a Ernest Psichari nos reveló a todos la profundidad de su pasión y la capacidad de su corazón.

Dos veces atentó contra su propia vida y fué salvado. Buscó entonces el olvido en todos los excesos de los sentidos. Pero "sin convicción" como lo dirá él mismo en **El Viaje del Centurión**. "Magencio erraba sin convicción en los envenenados jardines del vicio, perseguido por oscuros remordimientos, turbado ante la maldad de la mentira, cargado con la espantosa irrisión de una vida sumida en el desorden de los pensamientos y sentimientos". Un corazón mediocre se habría desviado y perdido así fácilmente. El, en cambio, habiendo alcanzado los límites de la desesperación, siempre fiel a su amor tan puro, sacude todo ese fango, y se salva así mismo buscando y encontrando una escuela de disciplina, el ejército. Se adelanta al llamado y se enrola en el regimiento; es la primera conversión cuyos admirables desarrollos ninguno de nosotros podía prever entonces. Para el último de sus frutos espirituales será necesario esperar diez años todavía. "Por el momento, a fin de no sucumbir en la miseria espiritual, el nieto de Renan se hizo soldado de segunda clase. Sé por él, ha dicho Jacques Maritain, (2) que la primera vez que se encontró en el cuartel, en esa actividad reglamentada de hombres en que uno le dice a otro: vete allí, y se va, ven acá, y viene; haz esto, y lo hace, había sentido en una intuición infalible, que le ensanchaba luminosamente el corazón, que

(2). "Antimoderne".

estaba como en su casa, allí donde debía estar, donde debía quedarse, donde salvaría de su mal". Extraño resultado, que fué entonces una especie de escándalo, del antimilitarismo socialista, del anarquismo intelectual, y del fanioso "dilentatismo renania-no" que Ernest Psichari había creído como las únicas verdades de su tiempo. No deseo anticipar más. Aunque me cuesta no hacerlo. Al escribir estas páginas no hojeo un "diario". Dejo que la memoria se abra paso por sobre las aguas del Tiempo. Y recojo lo que me traen las olas al reventar en mis costas. Más tarde volveré otra vez a la historia de Ernest Psichari, si continúo escribiendo estas memorias. Esta historia lo contará, por lo demás, el mismo Ernesto en **El Llamado de las Armas, El Viaje del Centurión y Las Voces que claman en el Desierto**, publicada después de su muerte. Jacques Maritain y Henri Massis hablarán de su amigo, uno en un capítulo de **Antimoderne**, y el otro en **Nuestro amigo Psichari**. Hay también una excelente biografía de Ernest Psichari escrita por Amélie Golchon, y un libro de preciosos recuerdos escrito por su hermana mayor, un joven americano Mr. Michel Wallace Fowlie, amigo sincero de Francia y poeta francés, ha consagrado a Ernest Psichari páginas verdaderamente conmovedoras.

Cuando conocí a Ernesto, era todavía feliz y despreocupado; creía en la felicidad de la vida. Su bondad y generosidad eran admirables. Franco y espontáneo, veíasele a veces melancólico, otras alegre, según el sol y la niebla de su ascendencia griega y bretona. De lealtad caballeresca, ignoraba toda vanidad y respeto humano. Su amistad con Jacques era inmensa. Ya en el colegio solía decir: "Jacques y yo somos uno. Lo que él piensa pienso yo, lo que él hace hago, y siento lo que él siente."

